

## **NOVIOLENCIA Y MIGRACIÓN: UNA HISTORIA EVANGÉLICA DE RESISTENCIA NOVIOLENTA Y ACOMPAÑAMIENTO**

Desde el comienzo de su papado, el Papa Francisco ha brindado esperanza a las personas en todas partes al abordar los desafíos más serios que enfrenta el mundo, incluida la migración forzada. Más de 200 millones de personas se han visto obligadas a migrar a través de fronteras y mares debido a la guerra, el cambio climático, la pobreza sistémica y la desigualdad. Esta tragedia humana mundial está llena de rostros y llantos de migrantes del norte de África que perecen en el mar Mediterráneo, o de aquellos que han realizado peligrosos viajes desde América Latina a través de la selva en el Tapón de Darién, algunos para ser enterrados para siempre, lejos de sus hogares y familias. Las lágrimas de esos migrantes nos gritan tanto desde la tierra como desde el mar: “¿Qué le has hecho a tu hermana? ¿Qué le has hecho a tu hermano?”

Al denunciar la violencia en sus múltiples formas, el Papa Francisco también ha arrojado luz sobre los caminos no violentos hacia un futuro más justo y pacífico. En lo que él ha llamado la “tercera guerra mundial fragmentada”, una cultura mundial de violencia está desencadenando un sufrimiento masivo en la vida de miles de millones de personas, incluidas aquellas que fueron desplazadas por la fuerza de sus hogares y que de la noche a la mañana se convirtieron en migrantes y refugiados. Con mayor claridad, hemos llegado a ver que la destrucción de los ecosistemas de la tierra y la migración forzada de personas están intrínsecamente interconectadas con el cambio climático y la violencia de una economía extractiva global que saquea la tierra de sus recursos naturales y desplaza por la fuerza a millones de personas de sus hogares.

Como ha dicho repetidamente el Papa Francisco, todo está interconectado: el grito de la tierra y sus criaturas y el grito de los pobres y de los que se desplazan como migrantes y refugiados es una súplica desesperada que clama al cielo. Se está produciendo un gran Éxodo mundial de personas que abandonan sus hogares y cruzan fronteras y mares, y los gritos de los migrantes y refugiados han tocado muchos corazones humanos, resonando también en las palabras del Dios del Éxodo: “He visto la miseria de mi pueblo... He oído sus gritos... Conozco sus sufrimientos, y he descendido para librarlos... y sacarlos de aquella tierra a una tierra buena y ancha” (Ex 7-8).

Una base bíblica, teológica y eclesial en desarrollo para afirmar y activar el compromiso de la Iglesia católica con la paz y la no violencia evangélica arraigadas en la justicia a nivel local y mundial está fomentando una reflexión más profunda y respuestas evangélicas radicales a las muchas expresiones de violencia en el mundo, incluido el fenómeno de la migración forzada. Al mismo tiempo, la migración forzada es un “signo del tiempo” urgente y global, que llama a la Iglesia como Pueblo de Dios a una comprensión más profunda y una conversión a la no violencia evangélica y una cultura de paz. Tal conversión significa, en palabras del Papa Francisco, que los pueblos y naciones del mundo están llamados a “acoger, proteger, promover e integrar” a los migrantes y refugiados como miembros de una sola familia humana a la que todos pertenecemos.

El desafío que tenemos ante nosotros ahora es cómo crear un mundo en el que las personas no sean desplazadas por la fuerza y forzadas a migrar. Sabemos, por testimonio personal, que las personas no abandonan fácilmente la tierra que aman y emprenden un peligroso viaje para sobrevivir y proteger a sus familias. La Enseñanza Social Católica es clara: las personas tienen derecho a NO migrar. Pero cada vez más vemos que ese derecho está siendo sistemáticamente violado por muchas formas de violencia institucional vinculadas a una indiferencia global hacia el cambio climático y una “economía de exclusión y desigualdad” global (EG 53) que destruye ecosistemas frágiles, saquea los recursos naturales, expande nuevas formas de trata de personas y promueve la corrupción y la violencia masiva vinculadas a la avaricia de las empresas transnacionales y las industrias extractivas globales, los cárteles de la droga, el ejército y la policía, y los gobiernos estatales y locales.

La Enseñanza Social Católica también enseña que las personas SÍ tienen derecho a migrar, y ese derecho humano básico está consagrado en los tratados internacionales y las leyes de los EE. UU., así como en nuestra herencia cultural como una nación que da la bienvenida a los inmigrantes. Sin embargo, existe una desconexión radical entre la situación actual en la frontera entre EE. UU. y México y la terrible situación de los migrantes y refugiados atrapados en circunstancias desesperadas allí, y esas palabras inspiradoras de las que tan a menudo y con razón nos enorgullecemos en la base de la Estatua de la Libertad: “Denme sus cansadas, sus pobres, sus masas acurrucadas que anhelan respirar libres, los miserables desechos de su orilla repleta. ¡Envíame a estos, los desamparados, sacudidos por la tempestad, levanto mi lámpara junto a la puerta dorada!”

Sin embargo, mientras no se logre “un avance sustancial” en “crear en los países de origen las condiciones necesarias para una vida digna y un desarrollo integral” –es decir, una economía justa e inclusiva–, para citar al Papa Francisco, “estamos obligados a respetar el derecho de todas las personas a encontrar un lugar que satisfaga sus necesidades básicas y las de su familia, y donde puedan encontrar la realización personal... Esto implica tomar ciertas medidas indispensables, especialmente en respuesta a quienes están huyendo de graves crisis humanitarias... [entre ellas] garantizar la seguridad personal y el acceso a los servicios básicos... el acceso equitativo a la justicia sistema... libertad de circulación y posibilidad de empleo... protección de los menores y garantía de su acceso regular a la educación... apoyo a la reunificación familiar; y preparar a las comunidades locales para el proceso de integración (FT 129-130).

Nuestra tradición católica, arraigada en la no violencia evangélica, nos llama a desafiar a las actuales y futuras administraciones y congresos de los EE. UU., así como a los gobiernos regionales de los cuales las personas son desplazadas y migran a la fuerza, para establecer estructuras económicas globales y políticas migratorias más acordes con lo que exige la justicia y nuestras tradiciones de fe, teniendo en cuenta una opción preferencial por la tierra y por los pobres y, especialmente en este contexto, por los migrantes y refugiados. Los esfuerzos actuales de los Estados Unidos y los gobiernos regionales para crear alternativas más justas e inclusivas, aunque buenos en algunos aspectos y equivocados en otros, siguen siendo respuestas que se ofrecen “por

partes”. No abordan la violencia de una economía extractiva global o el racismo y la xenofobia endémicos en nuestras sociedades. Se necesita un enfoque y una respuesta del Evangelio más radicales e inclusivos.

Necesitamos apoyar una cultura de abundancia, no de escasez; una economía de inclusión, no de exclusión; una ética global de la no violencia, no de la violencia; una práctica de solidaridad, no de indiferencia. El Evangelio nos invita a esa conversión, como naciones, como pueblos y como personas de fe. Nuestras propias raíces migratorias se encuentran en las historias de nuestros antepasados, Abraham y Sara, quienes dejaron su hogar en busca de una tierra que Dios les mostraría; en el Pueblo de Israel, a quien Dios libró de la opresión en la historia del Éxodo; y en la historia de Dios que migró a nuestra historia como Aquel que traería salvación y sanación a los que clamaban en necesidad, como nos narran los Evangelios.

En palabras del Papa Francisco: “La llegada de personas diferentes, provenientes de otras formas de vida y culturas, puede ser un regalo... Las historias de los migrantes son siempre historias de encuentro entre individuos y entre culturas. Para las comunidades y sociedades a las que llegan, los migrantes traen una oportunidad de enriquecimiento y desarrollo humano integral de todos” (FT 133-34).